

CUENTO N°198

TÍTULO: EL NIÑO QUE ACARICIÓ AL VIENTO

SEUDÓNIMO: PIERO

AUTOR: PEDRO RUBÉN ESQUIVEL CAMILO

EL NIÑO QUE ACARICIÓ AL VIENTO.

PIERO

La brisa de la tarde refrescaba su rostro infantil. Observó como las ramas de los vetustos árboles que coronaban su casa, se movían al compás del viento, cada vez más impetuoso y con mayores ondulaciones. Cerró los ojos y escuchó el ruido de los ramajes que coronaban pinos, eucaliptos y álamos. Sentía el frescor del viento arremolinándose en su cara y en su larga cabellera.

Mantuvo los ojos cerrados. Aspiró profundamente el refrescante aroma a campo, recordó las imágenes que veía en forma repetida en sueños, en dónde él, libremente volaba y miraba desde el cielo a sus padres, abuelos, hermanos y a sus cuatro perros. Todos ellos se hacían cada vez más pequeños en la medida que aumentaba su vuelo en las alturas.

El alborotador graznido de queltehues, le hizo abrir los ojos y evadirse de sus cavilaciones. Alonso de ocho años, era el mayor de tres hermanos, de contextura delgada y largas piernas. Su mirada inquieta y a la vez reflexiva denotaba su ánimo aventurero y ansias de conocer cada vez más el mundo que lo rodeaba, pero por sobre todo, la historia, anécdotas y orígenes de su familia.

Alonso de personalidad amigable, extrovertida y bondadoso era el mejor de su curso. Siempre se le veía rodeado de amigos y dispuesto a ayudar al prójimo. Fue para él un duro golpe, no poder ver a sus amigos, debido a la suspensión de clases presenciales decretada por las autoridades de salud, a causa de la pandemia de COVID que invadía al planeta.

- Alonsito, las clases en tu colegio se han suspendido, le dijo Lorena, su madre.
 - Pero mamá no podré ver a mis amigos, quizás... si vienen a nuestra casa a visitarme o... yo voy a la de ellos.
 - Eso no es posible por el momento, lo interrumpió Lorena, quizás más adelante.
 - Tú sabes cuánto me divierto con ellos, insistió Alonso.
 - Lo sé hijo, lo sé, pero todos tenemos que cuidarnos y ser muy responsables, se trata de un virus que afecta a todo el mundo, que es muy contagioso y peligroso. Lorena, explicó pausadamente y con gran nivel de detalles las implicancias de la pandemia, cómo eran los síntomas, las precauciones y cuidados que se debían tomar para no contagiarse. Finalmente agregó:
 - Además, te digo hijo, que a partir de hoy la empresa en la cual trabajo ha dispuesto que varias personas, incluida yo, trabajemos desde la casa.
 - ¡Qué bueno mami!, explotó de alegría Alonso, así podrás estar más tiempo con nosotros y almorzar en familia.
 - Tienes razón mamá, debemos cuidarnos y proteger a la Nona y al Tata, que son los más viejitos, expresó Alonso, con cara seria y pensativa, tan característica de él cada vez que opinaba de algo importante.
- Tenemos la suerte de vivir en el campo y tener una casa grande, indicó su

madre. Con mucho terreno, césped, árboles, piscina y juegos infantiles para que te diviertas tú y tus hermanos, además puedes continuar investigando y explorando la naturaleza que tanto te gusta y que es un verdadero regalo de Dios

- Alonso asintió moviendo levemente su cabeza. En su subconsciente se dibujaron los rostros de sus amigos, emitiendo un gran suspiro pensó que muy pronto los volvería a ver. La dimensión del tiempo relativa y diferente en los niños y tan distante al pensamiento y vivencia de adultos; esta vez aún más lejana, reforzada por las esperanzas dibujadas en un niño para reencontrarse nuevamente con sus queridos amigos.

Ferran y Gabriel, sus hermanos menores jugaban alegremente en la cama elástica, mientras Alonso trepado en la casa del árbol, construida alrededor de dos enormes y longevos eucaliptus, dirigía su cuerpo en dirección contraria al viento, recibiendo la brisa con olor a césped húmedo y de un otoño que lentamente anunciaba su pronta llegada.

Recordó cómo su Tata Pedro, le había hablado de los cuatro elementos de la naturaleza y su uso en beneficio de las personas. Agua, tierra, fuego y aire. El agua le había dicho, está constituido por ríos, océanos, lagos, represas. Sin agua, es imposible la vida en el planeta.

- ¿Y qué me dices de la lluvia, nubes y las nieves que se acumulan en las cordilleras Tata?
- Todo lo que indicas es agua, respondió Pedro. En diferentes estados, la lluvia es agua en estado líquido, las nubes están formadas por agua en estado gaseoso, mientras que la nieve es agua en estado sólido, tal como son los cubos de hielo del freezer que hay en esta casa.
- Eso ya lo sabía, respondió Alonso. Es materia que aprendí en mi colegio.
- ¿Si lo sabías, por qué lo preguntaste?, interrogó Pedro.
- Es que me gusta como tú lo explicas Tata, no te molesta verdad, mejor continúa contándome sobre el resto de los elementos de la naturaleza.

El abuelo, acariciando los largos cabellos del niño, se aprestó para continuar la narración. La tierra son las montañas, los valles, las ciudades donde habitamos, los puertos y costas que rodean los mares, los senderos por donde transitamos, incluso debajo del agua hay tierra en forma de arena y sedimentos. La tierra nos provee de alimentos a todos los seres vivos que habitamos en ella. Pero nada de esto sería posible si no se mezcla con agua dulce para riego y con el calor y la luz que provee el sol.

- Entonces el sol es el fuego, interrumpió Alonso.
- Así es, la estrella de nuestro sistema solar se llama sol y está cubierto de fuego. A nosotros nos llega su luz y calor. Pero no es el único fuego que existe en la tierra. Habrás escuchado hablar de los volcanes.
- ¡Si abuelo!, están llenos de fuego...no se como se llaman, pero he visto fotos en mi libro de ciencias y bajan como ríos cuando explotan.
- Se llaman lava o magma y son piedras que derrite el calor y el fuego de los volcanes, avanzan lentamente asemejando ríos. El centro de la tierra se llama núcleo y está muy, pero muy abajo cubierto de fuego y magma.
- Que miedo Tata ¿qué pasaría si todo ese fuego saliera del núcleo?

- Eso no pasará Alonso, por el contrario, ese fuego poco a poco se va enfriando. Hace miles de millones de años la tierra completa era una masa compacta de fuego y transcurrieron millones de años para que se enfriara.

Los ojos del pequeño reflejaban el gran interés en continuar aprendiendo. Las ansias de saberlo todo lo inundaban, apresurando sus palabras dijo, pero el fuego no es malo, mi mamá y Nona cocinan con fuego, al igual que mi papá cuando hace asados, que le quedan tan ricos. Claro que los incendios que afectan casas y bosques son malos, refrendó.

- Tienes toda la razón, contestó el abuelo. El fuego es útil para cocinar, para fundir metales, para abrigarse en invierno. Tal como dices, los incendios son dañinos, por eso debemos ser muy precavidos para no originar alguno, ya sea voluntaria o involuntariamente.
- Yo soy cuidadoso, mis padres me han enseñado que nunca debo jugar con fuego. Por favor Tata, cuéntame ahora sobre el viento.
- Alonsito, se ha hecho muy tarde, te tienes que lavar los dientes e ir a la cama. ¿Qué te parece que te lo dejé de tarea?, así tu investigas y lo conversamos cuando hayas terminado tu investigación.

A regañadientes el pequeño obedeció. Esa noche, como las noches anteriores, nuevamente lo visitó su recurrente sueño. Volaba sobre su casa haciendo piruetas en el aire. En su vuelo se cruzaba con bandadas de pájaros, que trinaban ruidosamente, él parecía entender que decían las aves en su gorjeo, puesto que respondía saludándolas y trataba de imitar su canto. También en su libre vuelo, se topaba con un arco iris y al impactarlo se repartían por el cielo miles de luces de diferentes colores, que a su vez formaban pequeños arcoíris luminosos. La luz de la alborada y el canto de gallos lo despertó por un instante, se acurrucó en su cálida cama, cerró nuevamente los ojos, y continuó soñando como los ramajes de los árboles se mecían al compás del viento, despeinaban su largo y ensortijado cabello y llenaban sus pulmones de aire con fragancia a tierra y huerta.

- El viento es mi elemento favorito Tata, investigué lo que mas pude de él. No lo vemos, pero está siempre dispuesto para nosotros. Me ayuda a levantar mi volantín y refresca mi cara, ayuda a botar las hojas de los árboles, para que en su lugar salgan nuevas hojas, más verdes y tiernas. Con el viento también pueden avanzar los veleros cuando navegan por el mar y lagos. El viento trae consigo olores, me gusta el olor a campo. A veces, cuando el viento es muy fuerte, puede causar algunos daños, pero eso nunca pasa acá donde vivimos, ¿verdad Tata?
- Así es Alonso, acá no hay vientos fuertes como en otros lugares, que se pueden transformar en grandes tornados y destruyen lo que encuentran a su paso. En todo caso el viento, es un gran elemento de la naturaleza.

La parcela donde vivía la familia se encontraba emplazada en plena zona rural. Rodeada por aras de caballos, fundos, lecherías, plantaciones agrícolas y crianzas de vacunos. Un lugar tranquilo y apacible en donde la monotonía constituía el diario vivir. Su ubicación en el valle central, a pocos kilómetros de la costa, le proveía un clima prodigioso, en donde se marcaban notoriamente las cuatro estaciones del año, acompañada habitualmente de vaguadas costeras y

del viento proveniente del sur oeste.

Todas las tardes, a la hora de mayor brisa, Alonso subía a su casa del árbol y saludaba al viento, contándole sus cosas cotidianas, especialmente sus sueños. A su vez el viento parecía entenderlo produciendo pequeños remolinos de aire en su entorno. En una apacible tarde su Nona lo vio cabizbajo y sus elocuentes ojos demostraban pesar...te veo triste mi amor, ¿qué te sucede?

- Extraño no ir a mi colegio y ver a mis amigos Nona.
- Te entiendo mi vida, yo también extraño a mucha gente que no he podido ver, pero debes tener paciencia y confiar en Dios, le dijo su abuela mientras lo abrazaba, lo contenía y lo protegía en su regazo. Estuvieron por largos minutos en silencio, aquel silencio que de tarde en tarde dilapida la naturaleza y el quehacer de las personas, que cubre el entorno, amodorra las conciencias, aquel silencio en donde las palabras sobran.

Los árboles y arbustos habían desnudado sus ramas, el césped amarillento, cielos grises y lluviosos daban paso al frío invierno, cargado de chubascos y humedad. El canto de los grillos parecía haberse mudado a otras comarcas y el escaso gorjeo de las aves eran opacadas por el ruido de lluvias y goteras que caían sobre charcos y guijarros. La luz del día se estrechaba, por el contrario, la noche se ensanchaba. La pandemia hacía estragos en diferentes lugares del mundo, incluido Chile, que en pleno invierno veía como los contagiados se multiplicaban, dando lugar a tristes episodios de muerte y soledad.

Alonso y sus hermanos tenían clases a distancia, en reemplazo de las presenciales que se mantenían suspendidas. Durante las mañanas se conectaban por internet con profesores y compañeros. Habían aprendido a usar a la perfección la aplicación computacional. Las clases venían acompañadas de tareas que una vez hechas, eran enviadas por los padres mediante correo electrónico. Alonso se apuraba en cumplir sus deberes, porque entre las cuatro y cinco de la tarde, a la hora de mayor viento, mantenía su cita diaria en la casa del árbol con el viento. En días de lluvia, se arropaba con largas botas de agua, parka y bajo un paraguas conversaba con el céfiro y las rachas de brisas que jugueteaban con su cabellera cada vez más larga.

- Hoy en clases hablé de ti, le dije a mi profesora que eras mi elemento favorito, claro que nadie en el colegio sabe que nosotros conversamos. Sólo se lo comenté un día a mi papá y a mi tata. Les dije que mantuvieran mi secreto. Continúo soñando todas las noches contigo y en mis sueños vuelo cada vez más lejos. Tú eres mi mejor amigo.
- Una fuerte ventisca se hizo sentir...veo que entendiste, dijo Alonso, soplando con todos sus pulmones...Ves yo también puedo producir aire, nunca tan fuerte como tú. Dando un brinco caminó con destino a su casa, diciendo, hoy nuevamente estaré contigo en mis sueños, hasta mañana amigo viento...un trueno opacó sus palabras.

El invierno se alejó con su frío manto más lentamente que años anteriores, la monotonía de la rutina diaria, el estar alejados de otros familiares y amigos, la decadencia de luz tan propia de la estación, las noticias desalentadoras que incitaban ocultos temores y quebrantos, parecían ser el asedio para percibir horas

y días más prolongados que lo habitual. El uso de mascarillas cuando acudía el jardinero, o cuando se recibían las mercaderías con entrega a domicilio y una que otra persona externa que visitaba la casa, rompían parcialmente la monotonía del hogar. Parecía ser algo surreal, que ocultaba la trágica realidad pandémica, que no daba treguas.

Sigilosamente, la pradera, el gran patio y colinas colindantes empezaron a vestirse de verde. Los árboles engalanaban sus ramas con refrescantes hojas nuevas. Pequeñas flores iniciaron su ornamentación en arbustos y árboles. Jacintos, amapolas y lirios mágicamente se hicieron presente. El aroma a cerezos en flor y a brotes nuevos de eucaliptus y pinos inundaba la parcela. Las aves se multiplicaban. El concierto de grillos emplazados en grietas y malezas volvió a empapar el lugar con su sonido monocorde. Independiente de lo que pueda afligir a los hombres, la sabia naturaleza cumple su ciclo periódicamente, inalterable, eternamente, año tras año.

La larga cabellera de Alonso llegaba a sus hombros, su pelo se aclaraba cada vez más, siendo un verdadero torbellino cuando las ráfagas de viento golpeaban su cara y cuerpo. Su habilidad para elevar volantines era increíble, lograba llegar a la mayor altura posible, los cometas se sostenían en el cielo planeando en forma magistral, tal como lo hacían los aguiluchos que anidaban en el sector.

- Alonso no se que le pasa a mi volantín que no lo puedo elevar. Se eleva y al rato cae. El viento lo precipita a tierra, le dijo su padre, quien trataba de controlar el cometa de llamativos colores.
- Papá, toma mi volantín que está tranquilo en el aire y dame el tuyo. Yo lo elevo ¡Ves papá!, ya se está elevando rápidamente.
- Lo veo hijo, lo veo...pero, ahora el volantín que me pasaste no lo puedo maniobrar, hace piruetas extrañas y se estrellará contra el suelo.
- Papá, déjame a mí, sostendré ambos volantines. Bastó que Alonso tomara el hilo del cometa y éste se estabilizó en forma inmediata. Los dos volantines, uno en cada mano del niño, danzaban sincronizadamente en las alturas.

Con las fuertes ráfagas de primavera, Alonso buscó nuevas formas de jugar. Tomaba su volantín y cediendo siete u ocho metros de hilo, corría con sus largas piernas a toda prisa por la explanada. El viento se hacía más raudo y en cada zancada parecía sostenerse por algunos segundos en el aire. Su pelo alborotado flotaba al compás de la ventisca. Cada zancada era superior a la anterior.

A fines de septiembre, corrientes provenientes del sur oeste, provocaron un ventarrón superior al normal. Los árboles mecían sus ramajes con mayor rudeza. Alonso tomó su cometa y corrió entusiasmado a favor del viento, al llegar a una pendiente del terreno cerró los ojos y saltó con todas sus fuerzas...se sintió suspendido en el aire, sus pies no tocaban el suelo. El volantín se elevó raudo y

con él Alonso. Su frondosa cabellera flotaba impulsada por el viento. Bajó su cabeza para ver cuan alto estaba y su delgado cuerpo comenzó a descender lentamente. El graznido de un par de queltehues sobre él llamó su atención, levantó su cabeza para verlos y su cuerpo nuevamente empezó a elevarse. Descubrió que su larga cabellera servía como una especie de timón. Entonces movió su cabeza hacia la izquierda y en esa dirección se trasladó. Si volteaba a la derecha, su cuerpo acudía a la derecha.

Alonso no cabía en su gozo, al fin estaba volando. Su amigo viento lo ayudaba a volar y a conocer sus secretos. Practicó con movimientos de su cabeza por largos minutos, hasta afianzarse totalmente de la movilidad de su cuerpo y de la dirección que tomaba. Con sus inquietos ojos miraba en una y otra dirección, para identificar los diferentes rincones de la parcela, que eran tan distintos al verlos desde las alturas.

Voló sobre el cerco de tunas que dividía la parcela vecina con el pequeño cerro que la circundaba. Cada vez que acudía al cerro, le llamaba la atención el color de los tunales, la forma de sus grandes hojas y sus múltiples espinas, ahora desde el cielo parecían pequeñas e inofensivas. Prosiguió su vuelo sobre el tranque de su casa y observó como largos y delgados juncos se habían apropiado de los contornos de éste y emergían directamente desde el agua.

- Amigo viento, continuaré practicando mi vuelo mañana. Quiero poder planear como lo hacen los aguiluchos. Es hora de bajar. Mi familia puede estar preocupada por mi demora.

El niño entró a la cocina como una tromba, la expresión de su rostro era de felicidad plena.

- Dónde has estado preguntó su madre, las onces están servidas.
- Volando, respondió Alonso
- Los adultos rieron al escuchar la respuesta.
- Yo también quiero volar, interrumpió Ferran, su hermano menor. ¿me puedes enseñar a volar Alonso?.
- Si, cuando seas grande como yo, primero debes hacerte amigo del viento.
- Su madre riendo preguntó, ¿seguro que no te has quedado dormido en la tarde, como estos últimos días?
- El niño sonrió, hizo un disimulado guiño a su Tata, luego abrazó fuertemente a su madre y dijo serenamente en voz alta, familia los amo.

Esa noche Alonso durmió profunda y apaciblemente. El sueño recurrente de todas las noches anteriores, del cual se sentía tan dueño, esta vez no lo visitó. En su reemplazo soñó que podía mantener la respiración por más de media hora bajo el agua. Su cuerpo era dúctil y maniobraba como un pez. Entonces, su dormida conciencia, le indicó que había llegado la hora de hacerse amigo del agua. Sacular su sed de fantasías y conocimientos con esa vital fuente de vida, sería su nuevo desafío.